

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



Excursion nocturna.

Aun no eran las tres de la mañana del domingo último, y D. Cenon dormía profundamente, merced á unos cuantos *traguillos* que había bebido durante la cena, cuando Serapio entró de puntillas en su aposento.

—D. Cenon! D. Cenon! mi amable tío! dijo acercándose á la cama, despierte V. pronto, que vengo á hacerle una pregunta y me voy en seguida.

El tío, que ya había experimentado en otra ocasion el método que usaba su sobrino para despertarle, temeroso, aun en sueños, de que lo pusiese por obra, volvió en sí como por encanto, é incorporándose en el lecho, le miró con sorpresa de hito en hito; despues se restregó los ojos con el reverso de su mano derecha, y al cabo le dijo:

—Qué es esto, cuadrúpedo? qué te sucede á estas horas? estás malo?

—No señor, tío mio; solamente vengo á decir á V. que he pasado la noche fuera de casa.

—Pues á fe mía, escuálido sobrinito, que no me habia apercibido de ello; ya te estabas desnudando cuando yo me recojé, y no concibo...

—No quise decir á V. nada; pero es el caso que yo deseaba ver el

estado de la poblacion despues de media noche; así fue, que aprovechándome de lo mucho que V. habia alzado el codo en la colacion, hice que me desnudaba, y luego me salí con el mayor sigilo. En mis observaciones, oh, panzudo tio, respecto á las calles, su alumbrado y vigilancia, nada he hallado de nuevo, pues todo está conforme con lo espuesto muy repetidas veces por varios periódicos; esto es, las calles en el mismo sitio que de día, el alumbrado á oscuras, y los encargados de la vigilancia durmiendo, pero...

—Serapito, si no me hubiese dejado los borceguíes en la sala, ya te habria señalado un tacon en una quijada: ¿para eso solo, avestruz, me interrumpes en uno de mis mayores goces?

—No se exalte el buen tio y escuche, que ya voy á hacerle la pregunta consabida. ¿Los médicos para que sirven?

—Señor! dónde podrá encontrarse mayor jumento? Y era eso todo lo que tenias que decirme?

—Tenga V. á bien contestarme y lo sabrá. Los médicos para qué sirven?

—Bien! animal! bien! para curar, ya lo sabes.

—A qué horas?

—A todas.

—Del día ó de la noche?

—Indistintamente.

—(Exaltado). Pues miente V. y todos los que lo digan.

—Mira, Serapio, por la milésima vez te aseguro que eres un borrico; espícame esas tonterías ó te maltrato.

—Voy al caso. Ya me retiraba despues de haber andado por esas calles toda la noche, cuando me encontré á un amigo de mi niñez que marchaba muy acelerado en busca de un facultativo para un enfermo de toda gravedad; me ofrecí á acompañarle y aceptó: recorrimos medio Madrid llamando á las casas de los médicos, y las contestaciones todas eran: «No está en casa.—Está ayudando á bien morir á un enfermo de mucho peligro.—Está en un parto.—Se ha acostado muy resfriado.—No sabemos cuando vendrá.—Está de consulta.—Vendrá...»

—Y qué encuentras á eso de particular?

—Mucho, tio mio, porque todo es mentira: se conoce que los señores médicos tienen miedo, ¿y de qué? de lo del 26 y del 7 con sus consecuencias. Ahora bien, tiito, le es dado á un ministro de salud fisica tener miedo por esas bagatelas? Si fuese uno de los...

—Calla, y sigue.

—Callo, y sigo: cuando un enfermo se agrava por momentos; cuando su familia entera se encuentra en la desolacion esperando á quien tal vez pueda salvarle ó matarlo: que todo es igual, ¿es justo, es moral, es cristiano, que el facultativo ó facultativos á quienes se acuda, se esten metidos en sus camas esperando el día para chupar los cuartos á la claridad, sin dignarse llevar un consuelo en las tinieblas á los que lo necesitan? Si yo fuese el Supremo Hacedor, desde mañana durante doce años no habria ningun enfermo. He dicho.

—D. Cenon, que habia escuchado á Serapio hasta el fin, le miró muy despacio, tósió, se santiguó, y sin contestarle se metió de un golpe entre sábanas. ¿Cuál sería su opinion sobre el particular? Si algun día quiere decirle la sabremos.

Apuros de D. Cenón.

Era domingo, y D. Cenón sentado en su poltrona se pasaba la mano por la frente, buscando el medio de dar cumplimiento a tantos como le acosaban con infinitos encargos para la semana próxima. Papamoscas sentado en el culo de un almirez, puesta una pierna sobre la otra, repasaba los puntos á unos calcetines de su tío, después de haber echado unos cuchillos á sus pantalones de un pedazo de tul viejo que había heredado de la abuela del cuñado de la prima de una tía suya.

—Serapio, dijo D. Cenón; tráete la lista de los encargos que nos han hecho, y repasándola veremos por dónde hemos de empezar nuestras tareas esta semana, que como soy Cenón creo nos hemos de ver atarugados.

—Atarugado está V. siempre, tío mío, porque su figura no es otra que la de un tarugo.

—Aquí no hablamos de figuras, sobrino, sino de nuestras ocupaciones.

—Las mias no son otras que las de corretear por las calles; pero V. con nada se contenta, y quiere que el rato que tenga de descanso lo invierta en ayudarle.

—Eso es preciso si hemos de agenciar para vivir, y si quieres que bajemos un domingo al Rastro, como te tengo prometido, y te vista como un milord de pies á cabeza.

—Y me comprará V. aquella casaca de color de liebre coja que vimos el otro día, y que echándola la espalda y las mangas se queda nuevita?

—Allá veremos; pero lee ahora la lista, que es lo que nos interesa.

—Allá voy, tío: Lista de los efectos que tenemos que hacer en la próxima semana. 1.º una partida de estoques, montados en cañas de roten imitadas, del diámetro de un peso duro. Tío, esas son unas palancas para pesar carbon. Pero dígame V., no están prohibidos los estoques y todas las demas armas ofensivas?

—Sí; pero el que nos ha hecho este encargo es un comisionado de la gefatura política, y con estos señores no se entiende la prohibición.

—Pues qué, van á dar estoques á todos los empleados de la gefatura?

—No por cierto; si esos estoques serán...

—Ya caigo, tío; serán para los señores de la ronda de capa, que encuentro yo de noche y de día, conservando el orden y metiendo el resuello hácia dentro á todos los que la echan de guapos ó no la echan.

—Ciertamente, esas son las armas que llevan para su defensa esos señores, y con las cuales ponen las peras á cuarto á los desatentos que no quieren entrar por vereda.

—Eso es muy bueno, tío Cenón; pero se me ocurre una ocurrencia, y es que en su vida se les ha presentado á los ladrones una proporcion mas bonita para trabajar libremente en su profesion.

—Cómo?

—De una manera muy sencilla: sabiendo que los de la ronda no tienen distintivo alguno por donde se los pueda reconocer, si se exceptúa esas viguetas donde envainan los estoques, nada hay mas fácil que tomar unos cuantos de estos instrumentos quirúrgicos, y echándola de conservadores del orden público, cometer los mayores desórdenes que se pueden imaginar, y tanto mas, sabiendo que al hombre honrado no se le permite ninguna defensa para librarse de los ataques de los per-

versos. Por esto quisiera yo, tío Cenón de mi vida, que el señor gefe político hiciera de modo, que al encontrarnos en las calles á los conservadores del órden público, no los pudiéramos confundir con los bribones que bajo el aspecto de autoridad pueden muy bien dejarnos sin calcetas en medio de la calle.

—Tienes en parte razón, Serapio; pero prosigue nuestra lista, y no te devanes los sesos en lo que ni tú ni yo podemos remediar mal que nos pese.

—Sigo la lista: 2.º Dos pelucas rizadas, seis gorros de dormir, trece escobas de rama, un retrato de miniatura, dos peroles, cinco alcarrazas, una esfera de reloj, seis pares de alpargatas, un pararrayos y doscientas carracas para los carros de la basura, porque las campanillas se confunden con las de la paz y caridad.

—Esto es muy bien pensado, tío mío, porque no solo se confunden con las de la paz y caridad, sino también con las de las burras de leche, que no ha sido la primera criada que ha bajado con su puchero, y al abrir la puerta se ha encontrado con un galafre que la pedía la espuerta de la basura.

—Y qué te parece de este modo de limpiar las calles; no es verdad que ha sido una idea peregrina? Porque al fin no se mete uno hasta los tobillos en aquellos muladares que se formaban por las noches.

—Tío, todo tiene su pro y su contra, y yo le aseguro á V. que si el señor corregidor no tuviera criada, y se viera en la precisión de bajar él mismo con la espuertita, en una mañana de buen yelo, á peligro de cojer una hermosa pulmonía, como sucede á infinitas señoras tan decentes como S. E., pero que no tienen pecunia para sostener una criada, ya se hubiera mirado al establecer el método de limpieza. Además, esta abunda en una cochinería mas perjudicial que á V. se le figura, porque si bien es cierto que no se ve la basura por las calles, también lo es que las criadas, dormilonas por naturaleza, la echan por los comunes, causando infinitos atrancos que tienen que pagar sus amos; que á otras se las pasa la hora, y llegan tarde al vertedero un día y otro, teniendo que guardar en la casa aquel regalito hasta que Dios quiere, con peligro de desarrollar un tifus en la familia, y cuando menos de aromatizar la vecindad de una manera poco lisongera, y aun yo creo que hay criada que la revuelve con la lana de sus colchones á trueque de no madrugar.

—A todo eso y mucho mas da lugar la pereza, Serapio; pero nada tiene que ver para que el método sea bueno.

—El método, tío, no es bueno, cuando los resultados son tan perniciosos; y puesto que la pereza en los criados es un mal irremediable, viva la gallinita y viva con su pepita; es decir, que vale mas tener la pequeña incomodidad en la calle pasadas las once de la noche, que tenerla toda la noche y todo el día dentro de la misma casa, con perjuicio de la salud, particularmente durante las calores del verano.

—Todo cuanto charlas, Serapio, es predicar en desierto, porque cuando una autoridad toma una determinación, no retrocede por absurda que sea, aunque vea su error mas claro que la luz, y mucho menos á instancias de otros, pues pocos son los hombres que tienen la virtud de confesar que se han equivocado; y á fuer de carácter sostienen muchas veces los mayores desatinos. Por todo lo dicho, Serapio, debes concluir de repasar esas calcetas, marcharte á dar una vuelta, y no meterte en libros de caballería.

Serapio hizo una cortesía á su tío, y se fue gruñendo entre dientes á concluir su tarea sobre el culo del almirez.

Corrida del lunes.

Yo, Serapio Papamoscas,
solo y único sobrino
de D. Cenon Tortollilla,
fabricante de borricos,
voy aquí de *motu proprio*
y sin pedirle permiso,
á describir la corrida
de toros y de novillos
que hubo en la tarde del lunes
y que principió á las cinco.

Han de saber mis lectores,
puesto que yo se lo digo,
que despues que el alguacil
tomó la llave del sitio
en que estaban encerrados
por su desgracia los vichos,
y despues que los toreros
el saludo consabido
hicieron, y el presidente
mandó que dieran principio,
salió un toro de Gaviria
buen mozo y de muchos brios,
pero receloso y blando
y con gran miedo al castigo:
le pusieron banderillas,
y el bravo Guillen (Francisco)
le descabelló en *segunda*
con muchísimo sentido.

Se lo llevaron las mulas,
sonó el clarín en el circo,
y salió el segundo toro
de Osuna y Veraguas hijo,
pegajoso como él solo
y valeroso aunque chico:
despachó tres cartulinas
(caballos en tiempo antiguo)
y de un recio *mete y saca*
lo mató el Salamanquino.

Salió el animal tercero,
y conociendo el peligro
á que espuesto se veía
por su contrario destino,
al Pelon y á Castañita
dióles dos vuelcos magníficos;
pero el bizarro Habanero
los vengó de este perjuicio,
pues hizo bajar al toro
once veces el morrillo:
lo despachó el señor Luque
dándolo por recibido,
y saltó á la arena el cuarto,

pequeño, blando y mestizo
(era de Osuna y Veragua),

saltarin, flojo y huido:

á pesar de que estimaba
su vida con grande ahinco,

supo Guillen despacharlo

al otro mundo con juicio;

y cuando llegó la hora,

por la puerta salió el quinto

con una intencion de toro

y sentimientos malignos:

quitó de enmedio á Romero,

con Hazaña hizo lo mismo,

y de un *volapié* bien dado

lo mató el Salamanquino.

En el redondel el sexto,

pobre y miedoso novillo,

en fuerza de mil insultos

y de escitarle sin tino,

hirió dos ó tres obleas

llorando como un chiquillo,

y el Camará, lastimado

de verle en aquel conflicto,

le despachó *recibiendo*

sin causarle gran martirio.

El público entusiasmado

mas divertimento quiso

y pidió un toro *de gracia*

que el señor gefe político

en *gracia* de su himeneo,

tal vez, segun yo colijo,

concedió de buena gana:

saltó, pues, á plaza el vicho

hijo triste de la Inclusa,

aunque no de mal *trapío*,

tomó varas sobre varas,

dió un porrazo por capricho

al Habanero, y á poco

recibiendo los auxilios

de un degüello inusitado,

murió sin cruz y sin Cristo...

Lectores, ya lo sabeis!

mi trabajo he concluido

que no me ha costado poco;

solo me resta decirlos

que el servicio de la plaza

sigue, eual siempre, lo mismo:

los ciados *tan decentes*,

los picadores *tan listos*,

y los caballos *tan buenos*,

los asistentes *tan limpios*

y la barrera tan libre,
tan holgados los tendidos,
pues en donde caben veinte
se meten doscientos cinco;
y para acabar la fiesta,
ignoro por qué motivo,
en esta postrer corrida,
cosa que nunca se ha visto,
los centinelas prohibían

entrar bastones al circo:
unos pocos inocentes
y á las órdenes sumisos,
los guardaron ó rompieron;
pero los mas, á su arbitrio,
entraron al fin con ellos
y los sacaron lo mismo...
siempre la ley del embudo!...
hasta otro lunes... he dicho.

El Bacalao.

Eran mas de las doce de la noche, y D. Cenón se hallaba desnudo en medio de su aposento, poniéndose media cebolla en un ojo de gallo que tiene hace diez y siete años entre el dedo pulgar y el índice del pié derecho, cuando entró á verle su sobrino Serapio, llevando un rábano metido en cada una de las ventanillas de la nariz. El apreciable profesor de veterinaria, á pesar de su natural severidad, no pudo menos de soltar la carcajada al ver á su sobrino con aquel adefesio.

—Y bien, estúpido pariente, por qué causa has puesto tus narices en estado de sitio?

—Ay, tito de mi alma, de mi corazón y de mis entretelas, por María Santísima de los Dolores, hágame V. el favor de quemar aunque sea papel, y darme un buen frote con aceite crudo, á fin de que se me quite este maldito olor á bacalao que me persigue hace un cuarto de luna.

—Pues de dónde vienes, hijo mío? has estado quizá en la plazuela de S. Miguel, ó en el Rastro, ó bien te has metido en algun bodegón á refocilarte con las sardinas y el vinillo de Valdepeñas?

—Diga V., tío, á V. se le figura que yo empino tanto como V.? dónde he estado ha sido en las reales caballerizas, que como V. sabe son de S. M. la reina, á ver á un real cochero, á fin de que se interese con la prima hermana del cuñado de la suegra del tío político del padre de un primo suyo, que es el albeitar de S. M., para que cure unos granos de mala fe que tiene D. Macario el limpiabotas de Cirolillos...

—Qué estás diciendo, Serapio? valerse D. Macario de un albeitar para curarse?

—Me he equivocado, mi Sr. D. Cenón, quise decir el burro de don Macario: pues señor, luego que salí de las reales caballerizas, subí por la escalerilla de piedra que hay enfrente, y me introduje en la calle del Reloj: aquí fue Troyal hay en el número 10 de esta calle un corralón, y por mas señas que hay en él un doguito de media legua de largo por una de alto, que alborota continuamente el vecindario con sus atroces ladridos. Pues señor, veinte pasos antes de llegar á la puerta del corral, percibí un olor parecido al que V. suele hacer cuando deja bacalao en agua un par de días: seguí adelante sin embargo; pero al llegar al núm. 16 fue tal el mareo que el olorcillo me produjo, que me ví en la necesidad de apoyarme en la pared. Un vecino de la dicha casa que es amigo mío, y que al mismo tiempo entraba en ella tapándose las narices con el pañuelo, me dijo al verme en aquella situación:

—Papamoscas, eres tú?

—El mismo soy, pero falto ya de vida.

—No lo extraño, Serapio, porque todos los vecinos de esta malograda calle nos hallamos también asfixiados hace tres ó cuatro meses por el ambiente puro que nos produce el bacalao metido en ese bendito corral, núm. 10. Corre, Serapio, corre; vé y dí á tu tío D. Cenón, que en el número inmediato de su formal é interesante periódico, dirija al ayuntamiento, al jefe político, al ministerio, á las Cortes (cuando las haya), y si no á la Guardia civil que está en su lugar, las quejas del pacífico vecindario de esta pacífica calle; en ello, no tan solo se interesa nuestra resurrección, pues ya he dicho que hace tiempo estamos asfixiados, sino la salud de toda la capital, pues nada es más fácil que haya una peste y cunda el contagio, y lo peor es que empezaría por el nuevo palacio de aquella esquina, y peligraría la salud de la señora que debe habitarlo muy luego, si la humedad del tiempo lo permite, y ya ves que sería una lástima.—Esto me dijo el vecino del núm. 16, y para ayudarme á pasar por el infesto depósito de bacalao, me sacó de su casa estos dos rábanos con los que me atacué mis dos órganos oloríferos.

—Te he escuchado, sobrino, con el mayor gusto en esta ocasión; muy justas son las quejas de ese vecindario, y así en *mi necesidad* del viernes pediré muy particularmente al señor corregidor y jefe político, dos autoridades distintas y un solo hombre verdadero, se entere é informe de los difuntos vecinos de la apestada calle del Reloj, y siendo cierto lo que me has relatado, que *ordene y mande* que todos los depósitos de este y otra clase de géneros, sean trasladados estramuros de la corte, á fin de evitar males que pudieran ser de consideración; sí, Serapio, sí; lo pediré con toda la urbanidad posible; pero temo que S. E., teniendo presente nuestros escasos talentos, diga aquello de «*palabras necias oídos sordos.*»

Dicho que se ha dicho por decir algo.

—Entre las muchas MENTIRAS que circulan diariamente por los ángulos de la capital de la monarquía, una de ellas llamó anteayer sobremanera la atención del Papamoscas, y que no pudo menos de ir á poner en conocimiento de su tío.

—No sabe V. lo que por ahí se dice, Sr. D. Cenón? Que el escelentísimo señor ayuntamiento *constitucional* de esta corte ha dispuesto preparar en su salón de sesiones un esplendente refresco para obsequiar á S. M. la reina hija, á la *otra magestad la reina madre*, y á S. M. el rey esposo, cuando pasen por la plazuela de la Villa acompañando á la magestad más gorda que es su Divina magestad en la procesion del Corpus.

—Y bien, Serapio, ¿encuentras algo de extraño en ese rasgo de galantería y finura?

—No está en eso el *lusilis*, amable tío, sino en que se asegura que los concejales, viendo el estado de penuria en que han puesto... digo, en que están las arcas municipales, han determinado, según se dice,

costear de sus *propios* bolsillos el indicado refresco, á fin de no agravar mas el estado de escasez en que se hallan aquellas.

— ¡ Rasgo filantrópico, sobrino mio, que debe ser estampado en mármoles y bronce!

— Eso es si fuera verdad, pero como yo no lo creo...

— Y por qué? tienes á la vista una razon concluyente para creerlo: cuando no hay dinero para pagar á los empleados del ayuntamiento, ¿cómo lo habria para sorbetes y confites?

— Pues señor, bien; ahora lo creo! Voy á publicar inmediatamente por esas calles, que el refresco que se prepara á S. M. es costeado por el ayuntamiento...

— Hombrel nol por los concejales.

— Sí señor, sí; por los concejales en corporacion que forman el ayuntamiento: por lo tanto insisto en que voy á publicar por ahí, que el refresco es costeado por los *propios* concejales del ayuntamiento que se han valido de sus *arbitrios propios*; es decir, de su caudal particular para este fin.

— Eso es; eso deberás decir para que el pueblo se apresure á estimar en todo su valor un acto tan filantrópico y desprendido.

— Amen Jesus! hasta despues.

Teatro del Instituto.

Hoy á las ocho y media de la noche se repetirá la comedia nueva original en tres actos titulada *Capas y sombreros*: despues baile, dando fin con el gracioso sainete *Los tres novios imperfectos*, sordo, tartamudo y tuerto.

ANUNCIO.

Calería Tauromáquica, 6
Coleccion de biografías, por D. F. G. Bedoya.

Cada entrega se compone de una biografía, y en ella se tratan los extremos siguientes:

Genealogía del lidiador.—Educacion tauromáquica.—Suertes en que se haya distinguido.—Método de su lidia.—Fa-

cultades físicas.—Plazas que hubiese recorrido.—Juicio critico de su mérito.

Condiciones. Tres reales cada entrega en Madrid.

Puntos de suscripcion. En Madrid: Gaspar y Roig, almacén de Carrafa, Cuesta, Monier, Hidalgo, Villa, y en la redaccion, calle de la Ballesta, núm. 22, cuarto segundo.

Se publica martes y viernes. Se suscribe en la redaccion, plaza de Isabel Segunda, núm. 6.—Liberías de Cuesta, calle Mayor; Rodriguez, calle de Carretas, núm. 4; almacén de música de Carrafa, calle del Principe, núm. 15, y en el almacén de papel de Ruiz, calle de Toledo, núm. 34.

Madrid.—Imprenta de J. M. Ducazcal, plaza de Isabel II, núm. 6.—1848.